

reflexión del ponente y para el debate posterior del grupo.

Y, sobre todo, hubo un espacio para la convivencia, momentos brillantes, divertidos y emotivos que estos papeles no podrán transmitir porque en ellos no caben laberintos, ni hogueras, ni noches estrelladas, ni cantos con cencerro, ni paseos entre cipreses.

Encontramos en un horario tan apretado huecos para avisos, noticias, eventos... incluso tiempo para el trabajo de la asamblea, concretamente para la elaboración de dos pre-documentos: un manifiesto para las condiciones mínimas en las que desarrollar nuestro trabajo, y un documento para reflexionar sobre las cuestiones éticas del oficio y el tema del repertorio. Estos materiales se comenzaron a redactar en Cádiz (desde la lluvia de ideas de la asamblea) y en la actualidad hay dos grupos de trabajo centrados en su redacción.

Y eso fue lo mejor, que Cádiz no ha sido el final de nada, Cádiz ha sido el principio de muchas cosas: hay grupos de trabajo, hay foros de debate, hay nuevas webs (www.cuentistas.info y www.narrantes.com), hay materiales para la reflexión, hay listas de correos... hay movimiento, mucho, cada vez más. Movimiento que nos empuja desde Cádiz al próximo encuentro, que será en septiembre de 2005 y en Santiago. Allí nos volveremos a encontrar y seguiremos haciendo los sueños palabras. Y las palabras, instantes. Y los instantes, sueños.

En la presente sección especial aparecen redactadas dos de las tres mesas de trabajo y doce de las catorce microponencias. Al pie de cada uno de los documentos está el nombre del autor y su Web o correo electrónico. Queremos citar los nombres de los autores cuyos materiales no están aquí incluidos porque han sido considerados demasiado específicos de nuestro oficio: Carles (carles@zarandula.com) con su mesa de trabajo "Cuestiones legales" y su micro "Cómo se vende un cuentista"; y Ángel María (www.grupobuho.com) con su micro "Si no estás en Internet no cuentas". Estos materiales y los que aparecen abreviados en este dossier están a vuestra disposición (en algunos casos en sus versiones extendidas) en la web de www.cuentistas.info.

Antes de terminar es obligado dar las gracias a todos los que han dedicado tiempo y esfuerzo para hacer que este Encuentro fuera realidad. Gracias a todos los colegas y amigos que elaboraron microponencias y desarrollaron las mesas de trabajo. Gracias al equipo de la granja escuela (Macarena, Ana y su cencerro, las cocineras y sus garbanzos que todavía hoy son recordados con nostalgia) y a los dueños de la misma (por su completa disposición). Gracias a EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA por mostrar interés por estos materiales y dar continuas facilidades para su publicación. Y, por último, gracias a todos los que soñaron con nosotros este encuentro y participaron en él, haciéndolo finalmente posible. Gracias.



Mesa de trabajo: La voz del cuentista ←←←←←

Estrella Ortiz (estrea@teleline.es)

Entendemos por voz algo más que la facultad para emitir sonidos inteligibles. El hecho de tener una voz propia está íntimamente ligado al desarrollo de las cualidades interiores que buscan la comunicación más efectiva. En última instancia, ser coherentes consigue que la tarea de cada uno sea una manifestación única y en consecuencia, que se pueda brindar una aportación personal al mundo. Narrar historias es un oficio muy viejo unido profundamente a nuestra concepción de cultura. No cuesta ningún trabajo imaginar un buen fuego y alrededor alguien contando sus últimas peripecias mientras los demás escuchan deseosos de saber. De cómo se produjo el salto en el que el narrador, en vez de contar lo real se deslizó hacia lo fantástico, tampoco nos resulta difícil de suponer: lo hacemos a diario. Casi de forma inconsciente tendemos a *adornar* los relatos; la misma

anécdota puede tomar matices muy diferentes según quienes sean nuestros oyentes y el efecto que queramos conseguir en ellos. Así pues, la voz del cuentista está cargada de intencionalidad y se hace necesario admitir que no existe la comunicación inocente. Para el narrador de historias clarificar su voz es hacer consciente el propio mensaje: un buen cuentista sabe *lo que quiere decir* y por eso dice *lo que dice* y el *cómo lo dice* forma parte importante de la historia.

Numerosas preguntas surgen a propósito de estas afirmaciones. Hasta qué punto se precisa una cierta técnica para que el mensaje llegue en las mejores condiciones; de qué manera la necesidad imperiosa de agradar puede falsear un discurso; en cuánta medida la realidad, el momento histórico y personal, condiciona y enriquece la narración... y así muchas más. A partir de aquí se podría iniciar un debate muy

fecundo según las diferentes formas de ver y hacer de cada cual.

Un poco de historia

Fue entonces cuando quise buscar la “autoridad” de los clásicos para las siguientes afirmaciones y de ahí partió mi aventura alrededor de los mitos de la que en estos momentos, y por cuestiones de espacio, apenas puedo dejar constancia con unas cuantas pin-celadas.

Comencé a fijarme en este tipo de relatos porque quería remontarme a los orígenes, encontrar alguna historia que hablara de los narradores de historias. Los mitos precedieron a los cuentos, según la mayoría de los investigadores, y además, y para colmo de bienes, están imbuidos de un halo culto que da envidia. Centré mi investigación en los mitos helénicos, por ser los que en mayor parte alimentan nuestra cultura; de hecho, en España no perduran historias míticas anteriores a la influencia de griegos y fenicios en sus costas; para ser más precisos, no existen documentos escritos anteriores a esta tradición helénica.

Los mitos al igual que los cuentos, a pesar de su rango de relatos sagrados y con frecuencia dogmáticos, están sujetos a las *inclemencias* del tiempo: tienen su origen en realidades históricas y sociales más o menos remotas y de ellos también se pueden encontrar diferentes versiones, aunque lo que haya llegado a nosotros aparente una unificación temática de la que sin lugar a dudas carecieron en su tiempo.

Resulta obvio que los *orígenes* de los que hablan los mitos tienen un marco histórico que en nuestro caso se remonta aproximadamente a, como mucho, unos 5000 años. Algo muy corto, si pudiéramos mirar hacia atrás. Pero ésta sí que es otra historia, para empezar, porque carecemos por completo de testimonios escritos salvo interesantes –pero hasta cierto punto mudos– restos arqueológicos.

La mayoría de los mitos grecolatinos los conocemos a través de Homero y Hesíodo. Conviene tener en cuenta que el gran poeta y fabulador Homero, fuera quien o quienes fuesen –si acaso su obra en realidad está escrita por más de una persona–, no era un teólogo ni un mitólogo, sino un hombre de su tiempo que destinaba sus escritos a un auditorio específico: los miembros de la aristocracia militar. No escribió sino sobre los mitos que interesaban a su público, por excelencia patriarcal y guerrero; y al igual que Hesíodo, de todo lo que fueran elementos nocturnos, escatológicos, de sexualidad y fecundidad apenas dice nada. Su arte se impuso hasta el extremo de que sobre *lo que no hablan*, durante siglos se ha considerado inferior o mediocre. Sirva como ejemplo la figura de Deméter o Dionisos, invisibles para ellos. Estas



mitologías no homéricas y, en general, no clásicas eran más bien populares y sobrevivieron al margen de los letrados, y de las represiones de la iglesia después, durante muchos siglos.

Profesionales de la palabra

Así pues, una vez aceptado el no-dogmatismo (¡qué difícil tarea!) y la historicidad de este tipo de relatos, deduje las tres atribuciones más importantes de la palabra en el mundo mítico y que derivaban luego en auténticas *profesiones*, a saber: palabra-magia, palabra-profecía y palabra-narración. Aquellos que eran capaces de utilizar las palabras como poder transformador de la realidad eran personas muy respetadas y con frecuencia relacionadas con la divinidad. Los encantamientos que generaba la palabra podían ser utilizados para sanar pero también podían llevar a la perdición. Sirva como ejemplo Medea, la hechicera mítica más famosa, quien fue capaz con sus palabras de convencer a las ingenuas hijas de Peleo para que desmembrasen a su padre con la esperanza de rejuvenecerle.

En aquellos tiempos muchas personas acudían a templos como el de Dodoma o Delfos para consultar sobre su futuro. Los héroes míticos no son la excepción y acuden al oráculo, las más de las veces para terminar de caer en la desgracia –los mitos no se caracterizan, al contrario que los cuentos, por los finales felices–. El más conocido adivino del mundo mítico fue sin duda Tiresias, quien incluso muerto y ya en el Tártaro, continuó con sus predicciones.

En Grecia, a diferencia de otras civilizaciones como la hindú y la hebrea, la transmisión de los mitos no estaba encomendada a los sacerdotes sino a los poetas, educadores tradicionales del pueblo hasta que los filósofos, con Platón a la cabeza, reclamaron para sí tal competencia. Conviene aclarar que el cantante y el narrador, al menos en los foros públicos, eran una misma persona.

Con frecuencia el aedo cantaba acompañándose con un instrumento musical. Orfeo, el más glorioso,



tocaba la lira y manejaba su voz de tal forma que no sólo amansaba a las bestias salvajes sino que hacía que los árboles y las rocas se movieran de su lugar. Fue incluso capaz de ablandar el corazón de acero de Hades, señor del mundo subterráneo, lugar al que descendió por amor a su esposa muerta, Eurídice.

La Musa

Cuenta la leyenda que fueron las Musas quienes le enseñaron el oficio a Orfeo. Conocidas en el mundo helénico como hijas de Mnemósine, la Memoria, y de Zeus, representan el triunfo del recuerdo sobre el olvido y propagan el amor por los bellos relatos y por la palabra resonante e imperecedera. Dicen las malas lenguas que sus nueve nombres y la división de sus competencias tal vez fuesen un invento de Hesiodo quien, según cuenta, escribió la *Teogonía* a sus ruegos. Es allí donde les atribuye estas hermosas palabras: “Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades y sabemos, cuando queremos, revelar la verdad”. Lo cierto es que en épocas anteriores, la Musa fue singular y estaba personificada en la Luna, llamada también entre muchos otros nombres Artemisa –hermana de Apolo–, y conocida como la Diosa Triple porque eran tres sus facultades fundamentales: Meditación, Memoria y Canción.

El cantor fabulador, en plena creencia mítica, al ponerse bajo la protección de la Musa conectaba con un saber divino. Aunque más adelante y para muchos artistas, invocar a la Musa no dejase de ser un tópico, en un principio indicó el fundamento místico del oficio.

Encuentro un paralelismo muy evocador entre estas tres cualidades y los elementos que más arriba he indicado como condiciones para definir la voz del cuentista:

Meditación o lo que se quiere decir

Entiendo esta meditación como reflexión, como búsqueda en soledad. El trabajo hacia fuera, de cara a los oyentes también requiere de una alimentación interior. Esta búsqueda de repertorio y conocimiento

se puede interpretar como una bajada a las profundidades, tan necesaria en cualquier hecho creativo. “Conócete a ti mismo”, proclamaba el Oráculo de Delfos, templo consagrado a Apolo, jefe de las Musas.

Para pensar con completa claridad artística uno debe desembarazarse primeramente de muchos impedimentos intelectuales, incluyendo todas las preocupaciones doctrinales dogmáticas. En resumen, debe conseguir a toda costa la independencia social y espiritual, aprender a pensar tanto mítica como racionalmente y no dejarse asombrar por las modas.

Memoria o lo que se dice

El narrador sustenta su trabajo sobre la memoria. Memoria personal llena de emociones y acontecimientos, y también colectiva. Esta memoria social vino a relajarse con la aparición de la escritura: los relatos no corren tanto peligro de perderse y el narrador se siente más impulsado a recrearlos.

Al llegar al Tártaro, las almas bebían de la fuente del olvido, llamada Lete. En muchos mitos, cuando un dios concede la inmortalidad, ésta radica precisamente en conservar una memoria inalterable. Olvidar es morir (y al revés).

El narrador se alimenta de la memoria; memoria del pasado y memoria del futuro, lo que en los animales llamamos instinto, y en las personas, intuición.

Canción o cómo se dice

En el Canto VIII de la Odisea se habla del ciego Demódoco como “el divino aedo a quien los númenes otorgaron gran maestría en el canto para deleitar a los hombres, siempre que a cantar le incita su ánimo”. La ceguera en muchos personajes mitológicos implica una gran visión interior; es por ello que resulta cuando menos curioso que la tradición del cantor ciego perviviera durante siglos en los Romanes de Ciego. Julio Caro Baroja en su *Ensayo sobre la literatura de cordel* compara a estos cantores mediterráneos con los de Oriente, donde también los *hakawati* ciegos eran quienes contaban los cuentos por plazas y calles a cambio de unas monedas.

Las palabras no son únicamente una realidad semántica, su sonoridad y ritmo terminan convirtiendo un buen relato en música para los oídos. Esta facultad del cuentista para recrear el lenguaje le incita a buscar las palabras y gestos certeros en cada comunicación. La siguiente anécdota de Marco Denevi lo ilustra con gran lucidez (y de la manera más dolorosa para Ulises). Tal vez no haga falta ser protagonista de unos hechos o haberlos visto con los propios ojos para narrarlos bien. Tal vez sea suficiente haber estado allí en sueños y, por supuesto, en compañía de las musas:

